

FOLIE À DEUX EL ESCRITOR Y EL PSICOANALISTA

Juan Carlos Taxa Marcos*

“En el mundo del espíritu todo marcha hacia su contrario”
Heráclito de Efeso

Introducción

En este aforismo del filósofo griego tantas veces citado por Ernesto Sábato en diversas conversaciones posteriormente publicadas parece apreciarse el reflejo del desaparecido escritor argentino, reflejo no patente en imagen sino más bien en palabras, las mismas que supo usar a lo largo de más de medio siglo para denunciar a través de ficciones o ensayos lo que él consideraba la crisis del hombre moderno, crisis que en el fondo siempre sintió latir dentro de sí mismo. Quiero por tanto partir de este aforismo, casi profecía, para indagar en la vida de Sábato y vincularla a la de otro célebre cultor del pensamiento paradójal, el psicoanalista Donald W. Winnicott, y hacer la revisión que de algunos aspectos biográficos y teóricos realizan analistas franceses, para finalmente intentar, basándome en estos mismos autores, una aproximación winnicottiana al pensamiento del escritor y un reacercamiento a una duda que a pesar de lo años, aunque cada vez de manera más clara, aún me acompaña: ¿por qué Sábato siempre estableció una distancia y una crítica tan feroz hacia el psicoanálisis? Me inclino a creer que ésta no es más que otra de las paradojas de la vida.

Algunos pequeños apuntes biográficos

Ernesto Sábato nace un 24 de junio de 1911 en el pueblo de Rojas, provincia de Buenos Aires, tan solo 4 días después de haber fallecido su hermano inmediato

* Psicólogo clínico. Magister en Estudios Teóricos en Psicoanálisis por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Psicólogo de la Oficina de Servicio de Orientación al Estudiante de la PUCP. <jctaxa@pucp.edu.pe>; <juancarlos.taxa@gmail.com>.

mayor, quien también se llamó Ernesto; esta situación de seguro será algo que marcará su vida tanto por lo que significará llevar sobre sí la carga de vivir como reemplazo de un hermano muerto como por ser desde el inicio un muerto vivo. Más allá del nombre, la pérdida latente en ocasión de su nacimiento supuso que su madre vuelque toda su preocupación sobre él sobreprotegiéndolo. Tiempo después, esta permanente atención se modificará ante el nacimiento del menor de los hermanos Sábato, desencadenando en Ernesto inicialmente sentimientos de envidia, rabia y agresividad límite que lo llevarán a querer asesinar a su hermano menor. Sin embargo, el tiempo los hará compartir la triste realidad de no poder llevar su vida con la independencia característica de los hermanos mayores, encontrándose constantemente encerrados en su habitación viendo transcurrir la vida cotidiana a través de una ventana.

El escritor y el psicoanalista

Es interesante observar cómo, provenientes de realidades “tan distintas”, Sábato y Winnicott muestran interesantes divergencias y convergencias tanto en aspectos biográficos como en aspectos teóricos en sus respectivos campos de interés. Veamos entonces algunas de ellas:

Infancia y adolescencia

En el caso de Sábato la experiencia de nacer inmediatamente después del fallecimiento de un hermano, de quien además tomó el nombre, es algo que necesariamente nos lleva a pensar en la situación emocional en que se encontraría su madre por esos días. No resulta osado suponer que la sobreprotección de la que el futuro escritor fue objeto guarda relación con un no reconocimiento suyo como ser independiente al hermano fallecido, resultando que el temor a una nueva pérdida guiará los “cuidados” que recibirá el pequeño Ernesto. Se entiende entonces su melancolía al recordar su imposibilidad de jugar como un niño común y corriente, como podemos ver a través de sus propias palabras:

Yo fui el décimo hijo, todos varones, y llegué cuando acababa de morir Ernesto, mi hermano inmediatamente mayor. Y me pusieron el nombre del muerto... Mi madre se aferró a mí, creo que con desesperación. Era muy austera y estoica, absolutamente reservada, pero tenía infinita capacidad de amor. Eso quizá me hizo mucho mal. Prácticamente no me dejaba solo. Mis hermanos mayores estaban afuera, iban al río a bañarse, tenían sus

cosas, eran independientes y algunos muy mayores: casi podían haber sido mis padres. Así me volví introvertido y tímido (Catania, 1988, p. 15).

Como refiere el propio Sábato, había en su madre un temor a que algo le pudiera pasar, razón por la cual la crianza dada a él y a su menor hermano Arturo fue completamente distinta a la de los mayores. Así María Correa (1971) afirma sobre el escritor:

Nunca jugó con un trompo, no tuvo un barrilete, no sabe andar a caballo; el recuerdo más vivido de su infancia es el terrible sentimiento de soledad en aquel cuarto en que dormían él y Arturo, las pesadillas atroces, las alucinaciones (p. 21).

Cuesta entonces imaginar lo terriblemente doloroso que debe de haber sido para Sábato tener que dejar el hogar familiar y dirigirse hacia la ciudad de La Plata, a la edad de 12 años, para continuar con sus estudios de bachillerato, pues en Rojas sólo había colegios de educación primaria. Pequeño y sin el cuidado materno, sintiéndose tremendamente solo a pesar de contar con la compañía de Juan, su hermano mayor, que estudiaba ingeniería en la Universidad de La Plata. Todo es nuevo para él en una ciudad tan distinta a su Rojas natal. Sábato mismo nos señala su sentir por esa época, al tiempo que nos revela aquello que lo rescató de la terrible angustia que lo sobrecogía:

Sí, durante un año estuve espantosamente solo. Me sentía aislado en el aula, me sentía ridículo, un chico de pueblo, de campo, sentía que el mundo era hostil y horrible, imperfecto. Hasta que asistí por primera vez a la demostración de un teorema de geometría. Sentí una especie de éxtasis, descubrí un mundo perfecto y exacto, hermoso e incorruptible. No sabía que acababa de descubrir el universo platónico. Entonces, en aquel momento maravilloso se inició una nueva etapa en mi vida, señalada por una eterna lucha entre las tinieblas y la luz, entre el mundo de los hombres y el universo de las ideas (Catania, 1988, p. 16).

Vemos entonces como la angustia, el sufrimiento y la soledad de Sábato se fueron configurando desde el contexto de su nacimiento, pasando por el distanciamiento de su madre tras el nacimiento de su hermano menor, para continuar con un radical alejamiento de la familia al iniciar el bachillerato. Ese mundo cargado de temores será el que Sábato reconocerá como el mundo de las tinieblas en el que creció y del que a lo largo de su vida, como veremos más adelante, intentó escapar a través de ideales que con el tiempo no harían más

que resquebrajarse. Cabe sin embargo la pregunta: ¿en qué momento aparecen esos temores? Veamos ahora un poco del psicoanalista inglés.

Donald W. Winnicott por su parte nace en el seno de una familia de buena posición económica en la cual los fuertes lazos afectivos entre sus padres parecen proveerle la seguridad necesaria para lanzarse a explorar el mundo por sí mismo. Crece en un entorno familiar caracterizado por ser sumamente vital y acogedor, en el que la expresión de los afectos, la posibilidad de jugar y de encontrar placer en diversas actividades eran lo más natural. Si bien fue el único varón (tuvo dos hermanas) creció cerca a primos de su edad lo que posibilitó que tuviera permanentes compañeros de juegos. En este contexto es entendible que la concepción que se tiene del entorno familiar en que creció Winnicott muestre una imagen casi idílica de un niño con un medio suficientemente bueno. Sin embargo ante esta rápida aproximación surge la duda planteada respecto a qué motivaciones habrían llevado a Winnicott a escribir un poema como *The Tree* en el que claramente se alude a una madre deprimida que no es capaz de reflejar en su rostro la imagen de su hijo sino que es éste último quien forzado por la situación se ve en la necesidad de intentar arrancarle una sonrisa. En caso contrario, ella y por ende el niño, se perderían en la depresión y en última instancia en la muerte. Dato importante a tener en cuenta es que el árbol aludido en el poema es el mismo que lo cobijaba a los 13 años, antes de dejar el hogar familiar para ir a estudiar al Leys School de Cambridge, situación similar a la que vivió Sábato.

Una profunda soledad

Los que conocieron a Sábato coinciden en describirlo como un tipo solitario, permanentemente reflexivo y ensimismado, rodeado casi siempre de una atmósfera de melancolía y con un carácter muy difícil de sobrellevar. Correa (1971) señala la existencia en él de una permanente necesidad de ser tenido en cuenta, de despertar afecto o en última instancia de no pasar desapercibido, características que a su entender se apreciarían en el uso del diálogo como estrategia en sus ficciones y ensayos. Quizá nadie más indicado que Matilde Kusminsky-Richter, quien fuera su esposa y compañera de toda la vida, para mostrarnos un poco más de Ernesto:

...Sábato es un hombre terriblemente conflictuado, inestable, depresivo, con una lúcida conciencia de su valer, influenciado ante lo negativo y tan ansioso de ternura y cariño como podría serlo un niño abandonado. (...)

Para escribir, para liberarse de sus obsesiones y traumas necesita verse rodeado de un muro de cariño y de ternura (...) ha sido desde niño un alma meditativa, un artista. Con un interior melancólico, pero al mismo tiempo rebelde y tumultuoso. La ciencia lo limitaba en forma atroz, de modo que fue lógico haber buscado el único cauce que podía ayudarlo a expresar, a vomitar su tormento interior: la novela (Catania, 1998, p. 12).

Quizá por tratarse de una persona que se hizo escritor sin una formación previa, y cuyo material creativo estuvo básicamente constituido por sus traumas y obsesiones, para Sábato cada proceso creativo fue siempre una tarea penosa, llegando a quemar en varias ocasiones obras ya terminadas. Esta decisión más allá de la no satisfacción con el producto de su creación quizá tenga que ver con una imposibilidad para separarse de su producto, en la medida que una obra terminada y publicada deja de ser propiedad exclusiva del autor para pasar a ser “propiedad” del público que la lee e interpreta a su manera: lo que la experiencia dicta no siempre coincide con la intención expresiva del creador. María Correa (1971) refiere que luego de terminadas sus obras Sábato pasaba largos períodos “en blanco”, que cubría asistiendo a espacios de discusión sobre su obra recientemente publicada. Sin embargo ese velo tendido sobre el vacío parece que resultaba insuficiente, no tardando en aparecer la soledad con la misma o mayor dureza que en su infancia:

Asoman los amargos ¿por qué? Y el gesto desilusionado, anticipo de esa máscara que Matilde tanto teme, la de un hombre cuya soledad nada quiebra, asediado por el terror de la vejez, de la esterilidad, de la muerte y paradójicamente, tentado por el suicidio (p. 16).

Terrible, brutal sentimiento de soledad que no desaparece a pesar de estar “constantemente acompañado”, ni de recibir muestras de afecto de la crítica especializada o de los jóvenes que siempre se acercaron para agradecerle la influencia que pudo significarles su obra y sobre todo su vida, si acaso cabe esta separación en Sábato. Inevitable pensar en Klein (1963) para quien este sentimiento nos remitiría a la presencia en Sábato de un “*anhelo omnipresente de un inalcanzable estado interno perfecto*” cuya fuente no estaría en otro lugar que en las ansiedades paranoides y depresivas derivadas de las ansiedades psicóticas del bebé. Inevitable también recordar su infancia marcada por un duelo temprano en un hogar en el que casi no estaba permitido demostrar afecto. En este contexto es inevitable suponer una ineludible depresión, vacío, y quizá senti-

miento de muerte que cuatro días antes de nacer ya le tocaba vivir a Sábato, si siguiendo a Winnicott pensamos en su inexistencia como ser diferenciado de una madre seguramente deprimida.

Klein recomendaría que para entender el sentimiento de soledad de Sábato deberíamos retroceder a su temprana infancia. Siguiendo esta premisa reconoceríamos en él la existencia de un Yo no sólo falto de cohesión y dominado por el mecanismo de escisión, como sería normal en todo bebé alrededor de los tres primeros meses de vida, sino que sospechamos un escaso desarrollo del Yo producto de las esperables dificultades de una madre aún en *shock* por la pérdida de su hijo, de lo que podría dar testimonio la elección del nombre. Más difícil aún suponer la existencia de un soporte funcional para dicha madre si recordamos que las pocas veces que se refirió a su padre Sábato solía recordarlo como poco empático, rígido, duro y hasta violento. En esta situación difícil pensar en una relación satisfactoria entre el bebé y su madre con la consecuente comunicación entre inconscientes que ésta supone; más fácil en cambio adivinar, en medio de esta relación, el germen de la sensación de incomunicación y soledad que más tarde crecerá y se ramificará hasta abarcar gran parte de la vida de Sábato y su obra, como se aprecia por ejemplo en un personaje central de su producción literaria como es Juan Pablo Castel, protagonista de *El Túnel*, o en Martín, personaje de *Sobre Héroes y Tumbas*.

Ahora bien, considerando la muerte de su hermano inmediato mayor podemos inclinarnos a pensar que en Sábato la natural presencia de ansiedad persecutoria se debió encontrar sumamente exacerbada desde el inicio de su vida, como producto de un intenso conflicto entre instintos de vida y de muerte; conflicto que además siempre lo acompañaría con algunos momentos pico como su período surrealista. Este exacerbado monto de ansiedad persecutoria (recordemos su infancia marcada por pesadillas, terrores a la oscuridad, alucinaciones) debió ser intensamente proyectado en una madre deprimida que, al no poder en medio de su dolor brindarse por completo al pequeño Ernesto, no hará más que magnificar su vivencia como pecho persecutorio y de esta manera acrecentar la sensación de inseguridad que acompañará permanentemente a Sábato, como menciona Correa (1971):

Porque detrás de toda esa combatividad se escuda un hombre inseguro y muy vulnerable, perpetuamente descontento de sí mismo (p. 11).

Difícil panorama para un Sábato bebé cuyo Yo, que como progresión normal debiera ir integrándose más y más, observa cómo el mecanismo de escisión

utilizado para contrarrestar su inseguridad pierde eficacia. Este Yo débil, desgastado desde tan temprano, se ve en la penosa tarea de buscar una mayor integración que mitigue su agresión a través del amor. Difícil afirmar que lo haya logrado, pero no por ello podemos afirmar que se hubo de quedar pasmado. Creo que Sábato siempre se debatió y luchó por una mayor integración en el ser humano, como si su temprano Yo, a medio camino entre la ansiedad persecutoria y la depresiva, buscara por todos los medios continuar su proceso de crecimiento y de esta manera superar la gran inseguridad que sufría. En este contexto puede entenderse porqué Sábato no dejó de afirmar que fue la literatura y más precisamente sus ficciones las que le salvaron la vida, como explica a propósito de su oficio de escritor:

Para mí nunca ha sido un juego, lamentablemente. Yo no escribí para ganar dinero, ni premios ni por la vanidad de verme impreso. Puede parecerle excesivo, pero escribí para resistir la existencia (Catania, 1988, p. 16).

Klein en su texto *Sobre el Sentimiento de Soledad* (1963) escribe un párrafo que pareciera haber sido destinado a entender la difícil situación de Sábato:

Con todo, si el yo es muy débil —lo cual constituye, a mi juicio, un rasgo congénito— y si han existido problemas en el nacimiento y al comienzo de la vida, entonces la capacidad de integrar —de juntar las partes escindidas y apartadas del yo— será también débil, existiendo además una mayor tendencia a disociar a fin de evitar la ansiedad que despiertan los impulsos destructivos dirigidos contra el self y el mundo externo. Esta incapacidad para tolerar la ansiedad encierra, en consecuencia, una importancia trascendental, ya que no sólo incrementa la necesidad de escindir excesivamente al yo y al objeto, lo cual puede llevar a un estado de fragmentación, sino que impide también la elaboración de ansiedades tempranas (pp. 178-179).

Queda más claro que el riesgo de la fragmentación no es en Sábato una alternativa sino una realidad, la cual no hubiera podido afrontar enarblando un cliché de “escritor maldito” sino únicamente jugándose literalmente la vida en cada crisis creativa y/o existencial que le tocó vivir, algunas de las cuales veremos a continuación.

El trauma perdido

Volviendo sobre su temprana infancia me atrevo a afirmar que la vivencia de llevar inscrito el nombre del hermano muerto debió dejar en Sábato una

honda huella difícilmente representable a tan corta edad, como parece intuir Catania (1989) en una conversación:

...Y me pusieron el nombre del muerto... (Se calla y permanece un rato en silencio, mirando hacia el jardín, quizá para apartar sus ojos de los míos. No puedo sino pensar en Van Gogh, al que le pasó lo mismo, y sospecho que aquel acontecimiento fue misterioso y funesto en la vida de Sábato. Después vuelve la cabeza y continúa)... (pp. 14-15).

A mi entender la experiencia vivida por Sábato a tan temprana edad y su difícil elaboración en el contexto de la relación con una madre fuertemente afectada por la pérdida, más aún en un hogar donde no se solían expresar afectos, guarda mucha relación por el concepto de “El miedo al derrumbe” desarrollado por Winnicott en un artículo del mismo nombre presuntamente escrito en 1963. Winnicott sustentaba con este concepto la existencia en algunos pacientes de un temor recurrente a un acontecimiento venidero, el cual desde su propuesta debía ser entendido como un temor a un suceso que el paciente ya había experimentado en el pasado, pero que no pudo ser psíquicamente representado, porque para poder sobrevivir fue necesario alejarse de dicha experiencia agonística primaria.

Como señala Rabain (2004), “Para continuar sintiéndose ser, el sujeto tuvo que separarse de su experiencia vital”; Winnicott abre entonces una paradoja al señalar que “esa cosa del pasado no ha tenido todavía lugar porque el paciente no estaba allí para que eso tuviera lugar en él”, esto debido a que el Yo del paciente por entonces era muy débil para experimentar el suceso que causó el derrumbe. No obstante, pese a no haber sido simbolizada, la experiencia deja cierta huella mnémica cuyo devenir explica Rabain (2005) de la siguiente manera:

Tales huellas, sometidas a la coacción de repetición, serán regularmente reactivadas y tenderán a ser reinvestidas alucinatoriamente. Al no tener un carácter representativo, lo escindido tiende a retornar “en acto”, con el riesgo de reproducir entonces el estado traumático (p. 69).

En Sábato, cuesta imaginar esos primeros momentos de existencia: pienso en una madre seguramente ensimismada y con poca o ninguna capacidad de brindarle el *holding* necesario a su bebé recién nacido, emocionalmente ausente y posteriormente intrusiva. Esta situación y el nacimiento de su hermano menor cuando Sábato tenía 2 años y vivía casi fusionado a su madre, influyeron

en las diversas perturbaciones que el escritor desde niño mostró como alucinaciones nocturnas, sonambulismo, temor a la oscuridad o su característico aislamiento, dificultades que habrían de acompañarlo durante años. Sin embargo, no son estas perturbaciones las que más nos interesan sino más bien su constante búsqueda de ideales, primero la ciencia, luego el anarquismo y el comunismo. Se trataría a mi entender de un método para cubrir un vacío que en su vida se torna cada vez más patente, una forma de enfrentar ese “miedo al derrumbe” que surge periódicamente debido a que la temprana experiencia de estar sólo con una madre sumida en su duelo no pudo ser debidamente integrada en la subjetividad del escritor. Hagamos entonces una nueva síntesis biográfica que permita apreciar mejor nuestra propuesta:

Sábato nace 4 días después de muerto su hermano, que llevaba el mismo nombre. Su madre se vuelca de manera patológica sobre él, no reconociéndole una nascente subjetividad sino proyectándole sus propios temores por el hijo perdido. Se va volviendo un niño ensimismado y solitario, que pasa los días detrás de la ventana de su habitación viendo como sus hermanos exploran el mundo mientras que para él la única relación posible es la establecida con su madre. De pronto nace su hermano Arturo, lo que determina que la fusión Sábato-madre se rompa inesperadamente. Esta separación dejará en él una huella imborrable, que con seguridad se reactivará a los 12 años cuando tiene que dejar el hogar familiar para viajar a la Plata a iniciar sus estudios de bachillerato. Allí, nuevamente abrumado por la soledad y por la incomunicación —a pesar de estar junto a su hermano— descubre las matemáticas. Años más tarde dirá en su libro *El escritor y sus fantasmas*: “*Todo el orden, toda la pureza, todo el rigor que faltaba en mi mundo adolescente, y que desesperadamente anhelaba, se me revelaba en ese orden transparente de las formas geométricas*” (1963). Estando en el bachillerato conoce el anarquismo y abraza esta ideología entre los 16 y 18 años; por aquel entonces ya no sólo le atraen las ciencias exactas sino también el mundo del arte, quizá porque este mundo, al que calificaba de “mundo de la noche”, le recuerda las pesadillas de infancia que aún no logra elaborar. A los 18 inicia sus estudios de doctorado en Física en una facultad de Ciencias influenciada por el clima político del momento. Motivado por algunos amigos deja el anarquismo y entra al Partido Comunista, siendo su adhesión antes que teórica vivencial. Se trataría como señala Correa (1971) de la utopía “*de la clara ciudad donde reina la tranquilidad y el orden*”, ahora trasladada al plano político. Sus estudios quedan de lado y entregado al comunismo llega a ocupar un cargo de gran responsabilidad: Secretario General de la Juventud Comunista.

Ya es 1933 y Sábado empieza a acumular dudas sobre su ideología marxista al comprobar que el comunismo de la mano de Stalin se manifestaba como un movimiento absolutista, pues cómo él mismo señala: “*yo nunca he soportado las dictaduras ni el absolutismo*”. Es inevitable no recordar a su madre imponiéndose en su mundo. Pese a sus dudas viaja en 1935 a Bruselas como delegado al Congreso Comunista y en lugar de continuar su viaje a Rusia para recibir adoctrinamiento, considera sus divergencias con el comunismo y decide huir a París como una forma de salvar su vida; cree que si viaja a Rusia su vida correría riesgo. Se encuentra sólo en París, una ciudad donde no conoce a nadie, en medio de esta crisis busca nuevamente refugio en la ciencia. Dice: “*Un día de máxima desesperación fui a la librería Gilbert y robé un ejemplar de Análisis Matemático de Borel. Volví a la pieza del amigo donde dormía y, a la luz de una lámpara (era invierno, no había casi luz natural), empecé a leer la primera página. Pocas veces en mi vida sentí una tal paz interior, un confortamiento tan hermoso*” (Correa, 1971, p. 48). Segunda y última ocasión en que la ciencia lo protege de su caos interno, pues la crisis de fe en el marxismo supondrá, diez años más tarde, su distanciamiento definitivo de la ciencia. Regresa a Argentina en 1935 para terminar un doctorado en Física, estudios que concluye en 1937. Al año siguiente viaja nuevamente a París becado para realizar estudios sobre radiación atómica en el laboratorio Curie. Se encuentra entonces en el París de preguerra, junto a Matilde y su primer hijo, siendo una “*joven promesa de la física argentina*” (ibid. p. 55) ante una oportunidad para todos excepcional. Sin embargo es entonces cuando “estalló en él la sorda reacción contra la ciencia que, desde años atrás, fermentaba en su interior” (ibid.). Sintió entonces repulsión de la actitud de los hombres de ciencia que, como él, se encerraban en un universo abstracto, ajenos al mundo que los rodeaba, aún cuando este mundo viviera días previos a una nueva Guerra Mundial. Difícil no evocar su niñez encerrado por la fuerza en su habitación-laboratorio, imposible no imaginar su perplejidad al momento de constatar que lo temido, ese encierro, esa alienación, se volvió soterradamente algo tan deseado en él. Se entienden entonces sus palabras: “*Me da risa y asco de mí mismo cuando me recuerdo entre electrómetros*” (1951). Se entiende mucho más su casi inmediata y desesperada filiación con el grupo de surrealistas a los que pudo vincularse gracias a Ernesto Bonasso, viejo compañero del Partido Comunista quien residía en París. Domínguez, Matta, Francés, Lam, Peret serán algunos de los que frecuentará en reuniones nocturnas. Señala: “*Así, durante el día trabajaba en las radiaciones atómicas, con delantal blanco, y de noche me reunía con Domínguez, Wilfredo Lam, Tristan Tzara y otros, como una buena ama de casa*

que de noche practicara la prostitución. Así pasé del mundo luminoso de la ciencia al universo nocturno de la inconsciencia, que había sido mi primer y más poderoso reino” (1990). Sábato vivió entonces el surrealismo como una conducta más que como un movimiento estético, con la misma intensidad con la que años previos vivió el comunismo o se aferró a la ciencia. En medio de esta vida bastante turbulenta y desenfadada Sábato se encuentra fascinado, quizá porque el universo nocturno, como mencionaba, era algo que desde niño ya había frecuentado: basta recordar sus pesadillas, alucinaciones y sonambulismo. Sintiendo parte de un grupo en el cual la razón lógica de la ciencia no era más que un estorbo para la pretensión de acceder a los misterios de la existencia, pudo por primera vez ilusionarse con la idea de escribir una novela (*La fuente muda*) o dedicarse a la pintura. Estas ilusiones se verán interrumpidas tras la partida de Matilde, su esposa, hacia Buenos Aires. Nuevamente solo en París reconocerá este como uno de los más duros momentos de su vida, reapareciendo el fantasma de la muerte ante la soledad tras la partida de su esposa-madre-compañera, como deja ver a propósito de una entrevista: “Usted sabe —dice— que yo he sido siempre un candidato al suicidio, pero nunca estuve tan cerca de él como en aquella época” (Correa, 1971, p. 63). Al siguiente año, en 1939, la beca por la que llegó a París le es transferida a Estados Unidos, regresando a fines de ese mismo año a la Argentina, donde según Correa se inició lo que Sábato consideró la etapa final y más auténtica de su vida. Ya en 1940 se dedicará a dar clases de Física a la par que realiza su primera publicación literaria, lo que le valdrá la posibilidad de publicar en SUR, por entonces la revista literaria más prestigiosa en su país, durante algunos años. Tres años más tarde pide una licencia y se va a vivir con Matilde y su hijo a un rancho sin luz ni agua potable en Córdoba. Su intención es escribir un libro que reúna una serie de reflexiones que ha ido realizando a lo largo de sus vivencias. Es el momento crucial en que el proceso que lo apartará definitivamente de la Física llega a su fin, con la creación de su primer libro, el ensayo *Uno y el Universo*, que será publicado en 1945 y al que Sábato describe como una especie de balance espiritual e intelectual de su despedida de la ciencia. Posteriormente en 1948 aparecerá *El túnel* y en 1961 *Sobre Héroes y Tumbas*. Curiosamente ambas obras comienzan por el desenlace; comienzan con un asesinato, con una muerte. Quizá esto tenga que ver con aquella frase de Sábato según la cual “*nada prepara para la vida sino la muerte*”. Él mejor que nadie lo sabe.

Vemos como en su vida son muchos los sucesos que suponen vivencias de angustia agonística: el duelo familiar por la pérdida del hermano, una relación tortuosa con su madre, el nacimiento de un nuevo hermano, la salida de casa

rumbo a la Plata, el viaje a Bruselas y la pérdida de fe en el comunismo, la soledad y pobreza en París, la pérdida de fe en la ciencia y su nueva soledad en París tras la partida de Matilde, su separación final de la ciencia tras la publicación de *Uno y el Universo*. Todos estos momentos evocaron en Sábato la sensación de soledad extrema, el fantasma de la locura y, en último término, el temor a la muerte. Llama la atención lo paradójico de la tentación constante del suicidio en alguien que si a algo teme es a la muerte. Revisemos entonces esta paradoja desde el momento en que Sábato estuvo más cerca de consumir dicho acto, en París junto a los surrealistas.

Entre el día y la noche: ciencia y locura

Al imaginar a Sábato por las mañanas trabajando en un laboratorio y por las noches entregado al desenfreno propio del grupo de surrealistas con el que frecuentaba los cafés de París, me cuesta conciliar ambas imágenes. Inmediatamente me viene al recuerdo el uso excesivo de la escisión que Klein planteaba como característica de la posición esquizo-paranoide e imagino la intensa angustia que Sábato debió sentir en esos momentos en que uno de sus absolutos, su amor por la ciencia, se resquebrajaba al comprobarla tan distante de lo que para él fue siempre lo más cercano: el sufrimiento del hombre concreto. Me sorprende descubrir que antes de viajar a París, para trabajar en el laboratorio Curie, Sábato ya sentía que dicho viaje supondría el inicio de “una nueva vida” (Catania, 1989) vinculada al arte. Me pregunto si antes de emprender el viaje no pensaba en el riesgo de la guerra; sea como fuere, pareciera que en Sábato esto no produce mayor desconcierto, quizá porque en el fondo él ya vivía dentro de sí una guerra entre el día y la noche, la fe en la ciencia y el reconocimiento de fantasmas que desde su infancia lo acechaban. Al respecto creo que el texto de Rousillón (2005) respecto a la locura como “necesidad” resulta útil para comprender la decisión de emprender este viaje y especialmente la fuerte cercanía que el escritor sintió por el surrealismo. Así lo expresan sus palabras:

Me apasionó el surrealismo, por lo que tenía de disparate irracional, de locura lingüística, tras haber estado embretado en las coordenadas científicas, filosóficas y lingüísticas durante toda mi vida, aquello fue como una explosión de liberación para mí (citado por Correa, 1971, p. 56).

Creo que más que coordenadas científicas, filosóficas y lingüísticas, lo que embreta a Sábato, lo que lo aprisiona son sus propias vivencias de infancia que

por no elaboradas, por no representadas, regresan y regresan, en la lógica de un evento desconocido pero ya vivido, tal como Winnicott explicó en “El miedo al derrumbe” (1963). Así, Sábato abraza ideales que por la intensidad con que los vive, con esa fe ciega en su pureza total, están condenados a caer pues, como él mismo señala, nada que sea referente al hombre puede ser completamente puro. Me parece entonces que ciencia, anarquismo, comunismo, remiten a escisiones para no ver aquello que se filtra como aguas turbias entre manantiales cristalinos y que irremediamente altera la pureza de sus aguas. Entonces pienso que Sábato decide acercarse al París de preguerra y al surrealismo siendo cada vez más consciente de esa nueva vida que desea explorar, y qué mejor marco para abandonarse a la sin razón que el París de Breton y compañía. Si recordamos el entorno en el cual nace y crece Sábato es fácil suponer que se trata de un entorno que no le habría permitido el inicial desenfreno pulsional, sino que habría exigido una moderación casi inmediata dado el contexto de duelo familiar y de presunta depresión materna. Como diría Rousillon (2005):

Aquí la intrusión del entorno atañe al hecho de que no permite soltar la pulsionalidad primitiva, obliga a moderarla demasiado precozmente (p. 47).

Entonces es natural pensar que Sábato en el París del surrealismo quizá habría buscado un ambiente en el cual poder experimentar la ausencia de límites añorada por la fallas del entorno para contener su desenfreno pulsional durante la primera infancia. No es por tanto gratuito que haya establecido una relación tan cercana con uno de los más desenfrenados miembros del grupo de los surrealistas, a saber Oscar Domínguez, pues era él quien solía aconsejarle que se dedicase de lleno a la pintura, y quien a la postre terminaría suicidándose. Así mismo tampoco es gratuito que pese a frecuentar a los surrealistas haya continuado trabajando en el laboratorio Curie, pues de lo que se trataría es de la paradoja de buscar un lugar contenido, limitado, que sin embargo permita vivir una experiencia sin límites. Así, un límite claro sería la seguridad de poder abandonarse por las noches a la locura sabiendo que tiene la posibilidad de volver al día siguiente a la tranquilidad otorgada por la ciencia. El límite más importante quizá fue saber que contaba con Matilde, su inseparable compañera, razón por la cual al ella dejarlo y regresarse a Buenos Aires la alternativa del suicidio aflora con inusitada intensidad. Quizá porque al verse solo en medio de la locura, personal y social de la guerra, surge ese recuerdo de la primera experiencia traumática, o deberíamos decir “primeras” si recordamos la serie de infortunios vividos desde tan pequeño. Pulsionalidad primaria no contenida,

experiencias agonísticas tan arcaicas se entremezclan así en un panorama en el que el suicidio podría verse incluso como la búsqueda, a través de una puesta en acto, de una experiencia ya vivida. Sin embargo la esperanza y la creatividad parecen ser más fuertes en Sábato pues en adelante comenzará sus colaboraciones en SUR, que desembocarán en *Uno y el Universo* como punto final a su relación con las ciencias. Interesante notar que en *El Túnel*, su primera novela, el protagonista Juan Pablo Castel, nos “contará” la historia de su crimen en primera persona logrando que lo acompañemos, tanto a él como a Sábato —y quizás hasta a nosotros mismos— en un desenfreno pulsional y de locura que comienza dentro de los límites de un cuadro y termina dentro de los límites del encierro. Magnífica revancha a través del arte.

A manera de cierre: Sábato y Winnicott o la esperanza en la integración

Hasta este punto he intentado desarrollar una lectura de aspectos biográficos de Ernesto Sábato a la luz de algunos conceptos psicoanalíticos como el sentimiento de soledad desde la perspectiva de Melanie Klein, o la propuesta de Winnicott de “El miedo al derrumbe” (1963), así como también la idea de “la locura como necesidad” desarrollada por Rousillon (2005) a partir del texto “El miedo a la locura” de Winnicott. Sin embargo, resulta muy interesante observar el nivel de convergencias entre las propuestas del escritor y las del psicoanalista a pesar de surgir a partir de diferentes campos de estudio y de la marcada aversión al psicoanálisis que siempre se apreció en Sábato. Quizá convenga partir del cuestionamiento de las vivencias de infancia de ambos autores, las que nos hacen suponer una infancia idílica en Winnicott, así como una infancia desastrosa en Sábato. Siguiendo a Rabain (2005) observamos como válida la posibilidad de que Winnicott haya sufrido, en algún momento, cierto estado depresivo en su madre, situación que en último término podría haber influido en la configuración de los intereses teóricos del psicoanalista. Esta imagen debió haber sido —como ya señalé— la que guió inconscientemente a Winnicott a la elaboración de los versos de *The Tree*, o a sugerir la idea de la universalidad de cierta experiencia de locura, reflejándose de esta manera la inexistencia de estados idílicos en la infancia:

Es imposible pensar que un niño que ha recibido los mayores cuidados de muy pequeño, no pueda reencontrarse con un exceso de tensión de la personalidad, exceso que, en determinado momento, es integrado (Winnicott citado por Rousillon, 2005).

La ineludible vivencia de tensión o locura en la infancia supone entonces una oportunidad de integración en caso el entorno, principalmente a través de la madre, pueda acompañar en el desborde pulsional antes que proponer de entrada una moderación de los impulsos. Este último sería el caso de Sábato, quién con una serie de vivencias infantiles tan complicadas, encontraría en la escritura de sus ficciones su propia manera de integrar tempranos estados de locura. No es entonces casualidad que sus personajes hayan sido tantas veces tildados de “trastornados” como es el caso de Juan Pablo Castel, Alejandra y Fernando Vidal Olmos, cuando en realidad en la propuesta del autor se trata más bien de personajes que patentizan en cierto modo la unión de lo más ruin y más noble del ser humano. Sábato incluso va más allá proponiendo la novela, puntualmente las ficciones, como el modelo de integración, o la síntesis por excelencia, del pensamiento mágico y el pensamiento racional, ambos divididos a partir de la abstracción en que ha caído la ciencia de nuestra época. Veamos cómo explica esto a partir de una entrevista:

—Perdone la digresión. ¿Usted cree que la novela, de algún modo, puede ser el exponente de esa síntesis de la que hablaba, cuando se refería al surrealismo?

—No sólo eso, sino que al representar la gran crisis, está haciendo una auténtica tarea de salvación del hombre concreto. El arte y sobre todo la ficción no se asoció jamás a esa demencial teoría de los tiempos modernos, que lleva precisamente a la objetivación o cosificación del hombre. En las más grandes ficciones hay ideas, pero también hay sueños, símbolos y mitos. Allí encontramos al hombre en su integridad. (Catania, 1989, p. 21)

Sábato irá gradualmente desarrollando este planteamiento personal de lo que llamará “novela total”, cuyo intento más claro parece encontrarse en su tercera y última novela *Abaddón el exterminador* (1974). En esta obra es más radical su postura, introduciéndose como un personaje más en la realidad narrada en la ficción. Dejemos entonces que lo explique el propio Sábato como personaje dentro de la obra antes mencionada:

—Sí. Pero no hablo de eso, no hablo de un escritor dentro de la ficción. Hablo de la posibilidad extrema que sea el escritor de la novela el que esté dentro. Pero no como un observador, como un testigo.

—¿Cómo entonces?

—Como un personaje más, en la misma calidad que los otros, que sin embargo salen de su propia alma. Como un sujeto enloquecido que conviviera

con sus propios desdoblamientos. Pero no por espíritu acrobático, Dios me libre, sino para ver si así podemos penetrar más en ese gran misterio” (pp. 248-249).

Creo que el misterio al que alude Sábato es justamente el mismo que plantea Winnicott, a saber, la búsqueda de la integración de la “locura” con la salud. Cada quien en su campo, cada quien a su manera, creo que corren en un “aparente” sentido contrario. Sábato de la temprana locura materno-filial a la necesidad de abrazar la calma absoluta en la ciencia, el anarquismo, el comunismo. Winnicott fluye desde la “aparente” calma facilitada por una madre suficientemente buena hacia la indagación de, a través su clínica tan singular, los aspectos más “locos” de la temprana relación con la madre. Digo “aparente” sentido contrario porque ambas caracterizaciones de la infancia recubren aspectos importantes, como por ejemplo la imagen de una madre depresiva en Winnicott o la de una madre suficientemente buena en Sábato. Más allá de si estas dos imágenes de ambas madres existieron en la realidad histórica, lo cierto es que en la realidad vivencial debieron existir al menos parcialmente. Es así como logramos entender que Winnicott se dirija hacia el estudio del derrumbe y la locura, y la capacidad de Sábato para llevar a cabo una labor creativa tan intensa y al tiempo generosa con su entorno. En este contexto es importante destacar que tanto Sábato como Winnicott le dieron una especial valoración a “la esperanza” en el desarrollo de sus personajes y/o sus teorías, esperanza que se aprecia en la búsqueda de integración planteada por ambos autores. Por esta razón no deja de parecerme difícil la pregunta que siempre vuelve a mí respecto del ¿por qué tanta aversión en Sábato hacia el psicoanálisis si este supondría una posibilidad de integración de Eros y Tanatos? Hace un tiempo, al preguntar lo mismo en una ponencia sobre el escritor argentino, me sentí confundido ante la aparente simplicidad de la respuesta de Tramontana³: “porque los psicoanalistas son un grupo particular que siempre se ha creído dueño de la verdad”. Al pensar esta dura respuesta, quizá más dura por su simpleza, debo reconocer que en ocasiones se ajusta a lo que para mí es real y en otros casos no. Me pregunto entonces si alguien puede definir qué es lo real. En todo caso, ante lo insalvable de esta pregunta, creo que la respuesta de este expositor (hipotética respuesta de Sábato) aludiría más bien a una

3 Tramontana, O. Opinión personal en ciclo de conferencias “Ernesto Sábato, el escritor y sus fantasmas”, 2011 (4° Centro Cultural Peruano Británico. Lima, Perú).

crítica al psicoanálisis freudiano clásico, donde el analista interpreta y libera los contenidos inconscientes reprimidos. Pienso que este enfoque clásico no sería el más indicado para un hipotético paciente Sábato, en el que las experiencias traumáticas tempranas y sus reediciones posteriores difícilmente requerirían de un intérprete de la realidad en un laboratorio-consultorio, sino más bien de un compañero con quien transcurrir a lo largo de un túnel oscuro y solitario. Creo en base a sus vidas y propuestas —tan lejanas y cercanas al mismo tiempo— que Winnicott hubiera sido un magnífico analista para Sábato, y Sábato un magnífico analizando para Winnicott. Curioso sin embargo imaginar a Sábato en un diván hablando de la tentación del suicidio y a Winnicott llorando tras él escuchando-lo, escuchando-se, pensando en su aversión a la pulsión de muerte.

Curioso, sin embargo como decía Heráclito: “*en el mundo del espíritu todo marcha hacia su contrario*”.

Referencias bibliográficas

- Catania, C. (1989). *Ernesto Sábato. Entre la letra y la sangre. Conversaciones con Carlos Catania*. Barcelona: Seix Barral.
- Correa, M.A. (1971). *Genio y figura de Ernesto Sábato*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Klein, M. (1963). Sobre el sentimiento de soledad. En *El Sentimiento de soledad y otros ensayos. Obras Completas*. Tomo VI. Buenos Aires: Paidós.
- Rabain, J-F. (2005). El árbol de Winnicott. “Mi madre, bajo el árbol llora”. En *Winnicott insólito*. Compilado por Jacques Boushira y Marie-Claire Durieux. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rousillón, R. (2005). Winnicott y la “necesidad” de locura. En *Winnicott insólito*. Compilado por Jacques Boushira y Marie-Claire Durieux. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Sábato, E. (1945). *Uno y el Universo*. Buenos Aires: Seix Barral (1995).
- _____. (1951). *Hombres y Engranajes: Heterodoxia*. Madrid: Alianza (1973).
- _____. (1963). *El Escritor y sus Fantasmas*. Barcelona: Seix Barral (1979).
- _____. (1974). *Abaddón el exterminador*. Barcelona: Seix Barral (1978).
- _____. (1984). *Sábato Oral*. Edición coordinada por Mario Paoletti, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- _____. (1990). Algunas palabras autobiográficas. En *El Pintor Ernesto Sábato*. Madrid: Ediciones de cultura hispánica. Agencia Española de Cooperación Internacional (1991).
- Winnicott, D. (1963). El miedo al derrumbe. En *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós.

Resumen

El presente ensayo aborda algunos datos biográficos del escritor argentino Ernesto Sábato y los vincula a la vida del psicoanalista inglés Donald Winnicott. Observaremos cómo experiencias vividas por Sábato desde temprana edad y su difícil elaboración en el contexto de la relación con una madre fuertemente afectada por la pérdida de un hijo, cobran sentido a partir del concepto de “El miedo al derrumbe” desarrollado por Winnicott. La afiliación a ideales observable en Sábato será entendida como formas de enfrentar el miedo al derrumbe, el cual a lo largo de su vida reaparecería en sucesos marcados por la presencia de una fuerte angustia agonística. Entre estos, su estancia en París de preguerra junto a los surrealistas y su vinculación con el arte serán consideradas formas de superar la escisión y entregarse al desenfreno pulsional, lo que podría ser entendido como cierta necesidad de locura si seguimos las ideas de Winnicott. En concreto, Sábato a través de la escritura lograría integrar tempranos estados de locura en su vida. Veremos entonces como Sábato y Winnicott, uno desde el arte y el otro desde el psicoanálisis, transitan solo en “apariencia” en sentidos contrarios, pues más allá de las aparentes divergencias en sus biografías, ambos estarían en la búsqueda de una mayor integración en la vivencia del ser humano.

Palabras clave: angustia infantil, debilidad yoica, escisión, locura, miedo al derrumbe, relación madre-hijo, repetición

Abstract

This paper addresses some biographical data of Argentinian author Ernesto Sabato and develops links with the life of psychoanalyst Donald Winnicott. We will see how, experiences lived by Sabato since early childhood and their difficult working through in the context of a relationship with a mother strongly affected by the loss of a child, make sense under the concept of “fear of breakdown” developed by Winnicott. The affiliation to ideals, observable in Sabato, will be understood as attempts to cope with catastrophic anxieties that would reappear throughout his life in events signed by the presence of strong agonistic distress. Among these, his stay in pre-war Paris with the Surrealists and its relationship with art while giving way to his instinctual wildness, will be considered following Winnicott, a way to overcome schisms including some need of madness. Actually, Sabato would be able to integrate early stages of madness through his writing. We will appreciate how Sabato and Winnicott, from art and from psychoanalysis, only apparently walk in opposite directions. Beyond this differences, both would be searching a better integration of the vital experience of the human being.

Key words: child distress, ego weakness, cleavage, madness, fear of breakdown, mother-child relationship, repetition